

De la intrusión crítica a la membresía colaborativa. Reflexiones sobre el trabajo de campo en una Unidad de Neurobiología.

Mariana C. Smulski

Instituto de Ciencias Antropológicas, FFyL, UBA.

mcsmulski@gmail.com

Resumen

La multiplicación de investigaciones sobre lo cercano en el marco de las transformaciones de la disciplina antropológica, ha venido poniendo en debate en las últimas décadas la cuestión del exotismo y la alteridad en la práctica etnográfica. En este sentido, realizar trabajo de campo en una unidad de investigación científica, invita especialmente a reflexionar sobre las relaciones entre observador y observado. Por su posición social y formación los científicos son mucho más cercanos al etnógrafo y esta proximidad genera tanto reticencias como expectativas en relación a la presencia de un observador ajeno. Comenzando por “el ojo que todo lo ve”, pasando por el “no nos critiques como a García” hasta el “es una más del grupo”, se buscará reflexionar sobre las transformaciones en los vínculos, la adscripción de roles y la implicación, a partir de la intromisión de una antropóloga en un laboratorio.

Palabras clave: Trabajo de campo – Reflexividad – Implicación

Introducción

Cuando me formé como antropóloga en la universidad, accedí a distintas lecturas que ponían énfasis en realizar el ejercicio permanente de la reflexividad. Si bien comencé hace algunos años a realizar trabajo de campo en una Unidad de Neurobiología en el marco del proyecto doctoral, demoré en sentir la “necesidad” de ponerla en práctica. No fue sino hasta que comencé a registrar una acumulación de situaciones e interacciones que estaban modificando mi accionar y mi sentir, tanto como el accionar y sentir de los otros, que tomó relevancia. Si bien la noción de reflexividad asume distintos sentidos según el autor que consideremos, en este trabajo tomaré la propuesta comunicacional de Althabe y Hernandez (2005) quienes invitan a considerar la implicación del antropólogo en la situación de campo, entendiendo al investigador no como un mero observador sino como parte constitutiva de

la situación. Este supuesto difiere de la manera en que otras disciplinas conciben el proceso de investigación; al comprender el campo como un lugar de encuentro, hacer visibles aquellas interacciones y diferenciaciones que se generen en la interrelación, colaboran en hacer explícito el lugar desde donde se escribe, el marco bajo el cual se estarían interpretando y produciendo saberes. Como plantea Hidalgo (2006), este enfoque permite contemplar la manera en que los agentes que estudiamos imponen al investigador una implicación en la situación de campo: "(...) son ellos los que establecen el eje de la interacción comunicativa con él, y es lo dicho y actuado en el contexto de campo lo que el investigador deberá analizar"(2006, 51).

Ante el intercambio con mi directora y con una colega sobre distintos sucesos en campo que me inquietaban, comencé retrospectivamente a revisar las notas y echar luz sobre cuestiones que en su momento, si bien no habían pasado inadvertidas, no había considerado de importancia para analizar (iban a quedar en el anecdotario). Había atravesado momentos complejos que ponían en tensión mi rol como antropóloga y me hacían repensar y cuestionar el mismo. Empecé entonces a descubrir la importancia que habían tenido en la manera en que se desarrollaron los primeros tiempos del trabajo de campo, la información a la que había podido acceder y el sentido e interpretación que yo les había podido dar.

En contextos académicos, a partir de la multiplicación de investigaciones sobre lo cercano o sobre el presente -según el autor que consideremos- en el marco de las transformaciones de la disciplina antropológica, se ha puesto en debate en las últimas décadas la cuestión del exotismo y la alteridad en la práctica etnográfica: cuando la distancia respecto de lo estudiado está ausente, cuando no nos es ajeno ni extraño, no se debería forzar una exotización en la investigación antropológica (Althabe 1999). En este sentido, realizar trabajo de campo en una unidad de investigación científica, invita especialmente a reflexionar sobre las relaciones entre observador y observado. Por su posición social y

formación los científicos son cercanos al antropólogo (Hidalgo 2006): comparten con nosotros nacionalidad, lugar de residencia, medio académico y la dedicación a la investigación financiada por los mismos organismos. Es por ello que trasladar el modelo de lo exótico, propio de la antropología clásica (identificar tribus, tótems y rituales) no contribuiría a problematizar y hacer visible esta tensión entre la natividad y la alteridad del antropólogo. En este trabajo se buscará dar cuenta sobre la manera en que esta proximidad ha ido generando tanto reticencias como expectativas en relación a la presencia de un observador ajeno, buscando repensar el rol de la antropología. A partir de situaciones generadas en el trabajo de campo, comenzando por “el ojo que todo lo ve”, pasando por el “no nos critiques como a García” hasta el “es una más del grupo”, se buscará reflexionar sobre las transformaciones en los vínculos, la adscripción de roles y la implicación, a partir de la intromisión de una antropóloga en un laboratorio.

(Los nombres reales de las instituciones y los investigadores se omiten para resguardar su identidad)

En el origen: “El ojo que todo lo ve”

La primera vez que escuché hablar sobre la Unidad de Neurobiología, fue durante una entrevista que estaba realizando a una neurocientífica en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA, en el marco de mi tesis de licenciatura en la que me preguntaba por la manera en que distintas investigaciones de neurociencia buscaban dar cuenta de problemáticas socioculturales. Ella estaba describiendo un trabajo realizado en colaboración con dicho espacio y agregó: *“Si te interesa tener en cuenta las cuestiones sociales tenés que ir a hablar con “x”, es el director”*¹. En ese momento, tomé nota en mi cuaderno del lugar y la persona mencionada. Días después entrevistando a otra investigadora del mismo laboratorio volvió a surgir el nombre, pero como ya había logrado

¹ Notas de campo, julio de 2013.

un corpus generoso de material para analizar, el contacto quedó sin concretarse. Cuando comencé a pensar a principios del 2014 en un proyecto doctoral, me tentaba la idea de seleccionar un laboratorio donde poder hacer una estadía prolongada inspirada en las descripciones de Latour (1983) . En ese momento recordé la mención que habían hecho ambas neurocientíficas, volví al cuaderno y comencé a buscar por internet una manera de contactarme con el director de la Unidad. Conseguí su dirección de mail y decidí escribirle:

Estimado X:

Mi nombre es Mariana Smulski, soy licenciada y profesora en antropología. El tema de mi tesis de licenciatura, defendida en diciembre de 2013 fue "La dimensión sociocultural de la neurociencia. Encuentros y desencuentros entre la antropología y las ciencias cognitivas." En ella propongo un enfoque que permita el diálogo interdisciplinario, a través del análisis de la forma en que las ciencias cognitivas están abordando problemáticas que atañen al campo sociocultural.

Durante el desarrollo de la investigación para la misma, tuve la oportunidad de entrevistar a (...) y a (...), quienes te mencionaron como un gran referente en los temas que ellas abordan y me sugirieron que no dejara de comunicarme.

Tengo un gran interés en continuar la línea de investigación de mi tesis en distintos ámbitos, crecer en formación y poder presentarme a beca doctoral. (...)

Es por eso que quería saber si existiera la posibilidad de tener una entrevista. Desde ya muchas gracias

El mail fue contestado con rapidez haciendo manifiesta una grata recepción y ante el ofrecimiento de visitar el laboratorio cuando lo deseara, coordinamos un día y horario para la visita. La Unidad se ubica en el subsuelo de un hospital, frente al escritorio de recepción de Terapia Física y allí fui. El primer encuentro fue muy grato, el director me mostró las instalaciones del lugar y luego nos sentamos en su oficina a charlar sobre la posibilidad de realizar mi trabajo de campo doctoral allí. Yo le comenté mis intereses principales dentro de la antropología, el trabajo que había desarrollado en mi tesis de licenciatura y las cuestiones que tenía interés en continuar indagando. Mencioné que en esos días había estado leyendo publicaciones sobre *neuroantropología*, un enfoque que propone el trabajo interdisciplinario entre antropólogos y neurocientíficos combinando aportes de las dos

áreas. Me escuchó poniendo gran interés en el relato, haciendo comentarios y sugiriendo lecturas. Refirió algunas cuestiones sobre las investigaciones de la Unidad, sus trabajos con población infantil en contextos de pobreza, los estudios sobre el impacto en el desarrollo cognitivo, especialmente en las funciones ejecutivas y los programas de intervención que habían logrado llevar a cabo. Me dijo que a él le gustaría que yo pudiera desarrollar mi trabajo allí, que por el tipo de investigaciones que se desarrollan en la Unidad siempre tuvo interés en el trabajo interdisciplinario y en que hubiera un antropólogo involucrado, pero que no podía garantizar las condiciones materiales para que eso sucediera. Agregó que si yo quería presentarme a una beca doctoral podía contar con todo su apoyo, incluso en la redacción del proyecto. En ese mismo momento, conmigo al lado, según lo charlado fue escribiendo un mail con sugerencias para comenzar a elaborar el proyecto doctoral: definir el problema y las preguntas de investigación, identificar las comisiones a las que me podía presentar, elegir un director y codirector apropiados, y finalmente un listado de links con acceso a literatura y bases de publicaciones científicas. De ese encuentro salí profundamente entusiasmada y con grandes expectativas: como Evans Pritchard tuvo a sus Nuer, yo iba a tener a mis neurocientíficos (el campo que nos “legitima” como antropólogos).

Yo ya había conversado con quién me había dirigido en mi tesis de grado, para continuar bajo su dirección en una etapa de posgrado, con lo cual la redacción del proyecto fue un proceso de co-construcción entre los tres que combinó mis intereses fundamentales con algunas cuestiones estratégicas (como la selección del mismo director de la Unidad como co-director del doctorado). Con la redacción del primer borrador comenzaron algunos intercambios de ideas de forma escrita que luego debatíamos oralmente en la Unidad: el director consideraba que mi posición frente a la neurociencia era extremadamente crítica, poco fundamentada y poco generalizable. Le inquietaban palabras como *neuroreduccionismo*, *cognitivista* y *biologicista* a las que consideraba peyorativas. A medida que intentaba dar respuesta a muchos de sus comentarios, fui comprendiendo que aquel

primer boceto de proyecto estaba cargado de prejuicios tanto subjetivos como disciplinares y que estaba redactado desde una posición extremadamente defensiva de la antropología y ofensiva hacia la ciencia cognitiva. Lo que sostenía a través de distintas afirmaciones y citas de autores es que la antropología tenía respuestas más adecuadas porque podía contemplar a la vez distintos niveles de análisis y además ya había contestado muchas de las inquietudes que el área cognitiva aborda actualmente. Tome noción en ese momento que ya no me encontraba debatiendo con colegas antropólogos, que había salido del encuadre contenedor de la facultad, que mis interlocutores eran otros, que a pesar de ser científicos no compartían mis esquemas de conocimiento (y que mis esquemas no eran universales ni superiores). Este primer intercambio me hizo detenerme y repensar desde qué posición dialogan las ciencias sociales con otras disciplinas y desde qué lugar sería más apropiado hacerlo en este contexto. Los intercambios continuaron con fluidez, afortunadamente ese primer borrador no obturó la posibilidad de seguir trabajando conjuntamente y de empezar a generar un modo de comunicación que respetara las distintas tradiciones disciplinares. Finalmente acordamos en una versión final que metodológicamente combinara trabajo de campo, entrevistas y una propuesta de trabajo interdisciplinario.

Pasados pocos meses, me salió una beca doctoral. Con enorme alegría empecé a comunicar la noticia y envíé un mail a la Unidad para comenzar lo más pronto posible con mi trabajo. Si bien la redacción del proyecto había tenido un carácter negociado, el momento del *contrato* como describe Abelés (2008), en el que se pautan las condiciones y se establece un acuerdo para poder llevar adelante la investigación y acceder a información y personas, se produjo en esta instancia: acordamos un día y horario específico para reunirnos -me habían pedido que llevara impreso el proyecto doctoral- y me recibieron en una pequeña sala el director y la codirectora del laboratorio. Tras un breve repaso por los principales objetivos del proyecto, con una profunda seriedad me hicieron algunas aclaraciones éticas y normativas sobre el modo en que se trabajaba en la Unidad poniendo énfasis en la

transparencia y la honestidad. Luego me acompañaron a ver un *poster* colgado en uno de los pasillos, que muestra el recorrido histórico de la Unidad y me propusieron que realizara un seminario² para presentar mi tesis de grado a los restantes miembros, así podrían conocer mi trabajo. Semanas previas al evento, acudí para comenzar con el trabajo de campo y me fueron presentando a los restantes investigadores. Se generaban algunos chistes: nos viene a observar, es el ojo del gran hermano, va a registrar todo. En ese contexto no faltó quien repreguntara: *“pero no entiendo bien, entonces ¿qué es lo que vas a hacer?”*³.

“No nos critiques como a García”

Para el seminario, debido a que la cantidad de asistentes iba a ser mayor a la habitual se dispuso un aula en un espacio cercano a la Unidad, con una computadora y cañón para proyectar la presentación. Sabía que invitar colegas de otros laboratorios es una práctica generalizada, por ello mientras planificaba el contenido que iba a abordar ese día sobre mi tesis de grado, me pareció prudente no exponer los análisis sobre las investigadoras que trabajan en colaboración con la Unidad y seleccioné otros dos casos que referían a una institución privada. El día del seminario vinieron la mayoría de los integrantes del grupo y también ¡una de las investigadoras a las que había entrevistado! Para adentro pensé ¡Menos mal que la excluí de las diapositivas! (no sabía aún lo iba a suceder). La exposición comenzó y con ella inmediatamente las primeras preguntas que se enfocaban principalmente hacia la cuestión metodológica: *“¿Cómo construyen los datos los antropólogos? ¿Los inventan?”*; *“¿Cómo construyen las hipótesis?”*⁴. Fuí contestando en la medida que podía y continuando con la exposición. Mi enfoque era profundamente crítico

² El seminario es un espacio semanal reservado para la lectura y el intercambio de ideas que busca generar una actualización permanente sobre los temas que se debaten a nivel nacional e internacional en relación a las distintas problemáticas de interés a las investigaciones en curso. Asimismo se comparten avances o dificultades en los propios procesos de investigación allí desarrollados.

³ Notas de campo, septiembre de 2014.

⁴ Notas de campo, septiembre de 2014.

sobre algunos abordajes neurocientíficos: hablé de saltos cualitativos, de reduccionismos (y otros ismos), de falta de integración de niveles de análisis. Pero mi mayor error – analizándolo hoy- estuvo en no omitir los nombres de los investigadores cuyos trabajos eran objeto de crítica, ampliamente conocidos por el auditorio, especialmente uno: García. En el momento en que preparé la exposición no reparé en esa cuestión, mis interlocutores compartían con él un mundo profesional y social.

En el momento por las expresiones faciales y luego por los intercambios que prosiguieron al evento, me di cuenta de que la exposición había sido tomada de forma ofensiva y que había roto un código interno: *“A un colega no se lo critica así y si se lo critica no se dice el nombre”*⁵. Además no había reparado en una cuestión importante: seguramente ellos deben haber pensado hacia sus adentros *“empezó por García, pero ¡los próximos somos nosotros!”*. De ahí en más, siempre que iba a la Unidad, alguien me decía en tono de chiste:

“no nos critiques como a García”.

Entonces, ¿Qué marcos interpretativos estaban dando sentido a la relación de campo? Considero que tanto ellos como yo, aplicamos nuestro propio marco a la situación y ambos entraron en conflicto. La antropología proviene de una tradición disciplinar profundamente crítica, en donde es habitual debatir con colegas y poner en cuestionamiento sus presupuestos. Pero en ese seminario yo no me encontraba entre colegas y entre los científicos de la Unidad el código comunicacional era otro - y más aún, era una recién llegada-. Dar cuenta de uno mismo en ese espacio-tiempo de los otros, lleva a *“romper el espejo de sí”* (Godelier 2008): me había enfrentado a una interacción con una carga emotiva y simbólica que indefectiblemente me había descentrado de mi posición de origen. La intrusión crítica en el comienzo no tuvo una buena recepción entre los científicos; progresivamente fui descubriendo que dedican gran cantidad de horas a debatir

⁵ Notas de campo, septiembre de 2014.

minuciosamente publicaciones de otros colegas y siguiendo sus convicciones depositan gran confianza en la ciencia en tanto modo de producir conocimiento.

“Es una más del grupo”

Esa situación del seminario y los comentarios que prosiguieron días después hicieron que fuera progresivamente modificando mi estar en el campo. Decidí abandonar la postura crítica por una más receptiva y abierta al diálogo; comencé a pensar en hacer algo productivo, tomar una inquietud que tuvieran los investigadores y mostrar que podía aportar un saber desde mi disciplina pasible de ser apropiado por la Unidad (Abelés 2008). Propuse comenzar con la escritura de un artículo que mostrara el estado de la cuestión a nivel nacional: quiénes estaban investigando el desarrollo cognitivo infantil en contextos de pobreza, desde qué perspectiva lo estaban haciendo y con qué metodologías. Enseguida el director propuso aportar su bagaje teórico y escribirlo en co-autoría conmigo y mi directora. Me pareció una buena oportunidad para empezar a buscar una manera de comunicarnos que no implicara necesariamente el contenido específico de los trabajos de la Unidad. Si bien no fue una tarea sencilla y el proceso de negociación de sentidos tuvo también –al menos para mí- una carga emotiva profunda, el resultado fue positivo. La publicación salió y tuvo muy buena recepción entre los investigadores de la Unidad.

De allí en más los intercambios se volvieron mucho más fluidos y positivos. Comencé a asistir a los seminarios semanales y en muchos debates que se originan me invitan a participar y opinar. Particularmente en esos espacios se hace visible una contradicción no resuelta a través de la cual se elabora el sentido antropológico: el investigador tiende a posicionarse como observador al mismo tiempo que los sujetos lo construyen como actor de la situación (Althabe and Hernandez 2005). La adscripción de roles continúa, progresivamente me fueron llamando “la psicoanalista del grupo” pero nunca falta alguien que interrumpe en mi defensa diciendo “*no es psicóloga, ¡es antropóloga!*”. Sigue resultando llamativo que tome

notas en el cuaderno, lo que genera algún chiste: “Ojo porque acá la psicoanalista anota todo”. Pero en ese mismo contexto, hace poco alguien hizo referencia a que yo ya era una más de grupo y que “podía defenderlos ante los prejuicios de las ciencias sociales”⁶.

Conclusión

A partir de las distintas situaciones relatadas, quisiera finalmente recuperar dos contribuciones teórico-metodológicas para pensar y repensar la investigación antropológica. En primer lugar, la propuesta de Ingold (2012) de comprender al trabajo de campo como un proceso *transformativo*, diferenciándolo de la etnografía en tanto proceso *documental*. Las interacciones relatadas en las secciones previas de este trabajo produjeron una transformación que probablemente continúe en su devenir hacia el futuro - *estudiar con y aprender de*-. Separar y diferenciar estas dos instancias del trabajo antropológico, contribuye a dar un sentido renovado a todo un proceso que es constitutivo profesional y personalmente. En este sentido, la noción de *implicación* (Althabe and Hernandez 2005) en tanto marco infranqueable en la producción de saberes, vuelve visible aquellos acontecimientos que se desarrollan a partir de la presencia del investigador en la situación de campo. La manera en que uno comienza su participación en un juego cuyas reglas en principio ignora, las condiciones de acceso o no a determinadas situaciones o eventos de los cuales uno puede o no ser testigo, son elementos constitutivos del proceso de investigación.

En segundo lugar, cuando releía las notas de campo recordaba el sentido que muchos autores han dado a la cercanía o la distancia con el objeto de estudio, debatiendo distintas maneras de legitimar el proceso de investigación. La concepción del antropólogo como alguien que está afuera y se mueve hacia el interior de un mundo desconocido- lo que Althabe (1999) llama el proceso fundador- la metáfora del campo como un viaje progresivo

⁶ Notas de campo, marzo de 2016.

que permitirá superar esa exterioridad, es puesta en tensión por Ingold (2012). La paradoja de estar dentro y fuera, puede ser superada si concebimos a la observación participante como un proceso de conocimiento desde dentro, partiendo de la no separación entre el ser y el estar en el mundo. ¿Qué implicaría entonces pensar en lugar de *una antropología de*, una *antropología con* la ciencia y con los científicos?

Bibliografía

- Abelés, Marc. 2008. "El Campo Y El Subcampo." In *De La Etnografía a La Antropología Reflexiva. Nuevos Campos, Nuevas Prácticas, Nuevas Apuestas.*, 43–52. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Althabe, Gerard. 1999. "Hacia Una Antropología Del Presente." In *Antropología Del Presente*, edited by Gerard Althabe and Félix Gustavo Schuster, 11–22. Buenos Aires: Edicial.
- Althabe, Gerard, and Valeria Hernandez. 2005. "Implicación Y Reflexividad En Antropología." In *Etnografías Globalizadas*, edited by Valeria Hernandez, Cecilia Hidalgo, and Adriana Stagnaro, 71–88. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
- Godelier, Maurice. 2008. "Romper El Espejo de Sí." In *De La Etnografía a La Antropología Reflexiva. Nuevos Campos, Nuevas Prácticas, Nuevas Apuestas.*, 193–215. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Hidalgo, Cecilia. 2006. "Reflexividades." *Cuadernos de Antropología Social* 23: 45–56.
- Latour, Bruno. 1983. "Give Me a Laboratory and I Will Raise the World." In *Science Observed*, 141–70. doi:citeulike-article-id:3382041.